LAS DUNAS

La demolición de la plaza de toros y la explanación del montículo de arena sobre el cual se eleva aquélla, pone, una vez más, en el famoso «tapete de la actualidad» un conjunto de cosas y nombres pertinentes o relacionadas entre sí. La duna, en un principal lugar, toda vez que con su explanación va a producir un defecto de la naturaleza, si cabe expresarse así. Porque, por su misma naturaleza (con minúscula), es, generalmente, un efecto deplorable. Porque así como la arena y los cantos al borde del mar, constituyen las playas, durante siglos y siglos, hay superposiciones a veces en determinados lugares y por circunstancias, la duna ha sido y es, si no se los corrige, un terreno baldío, tanto desde el punto de vista agrícola como desde el punto de vista urbanístico, por lo tanto, estéril, movedizo, ondulante, que sólo el ingenio puede redimir de su tristeza e improductividad.

La duna de San Sebastián son un producto del arenal o de la Zurriola combinado con el dominante viento del Norte. Han hecho falta muchos siglos para configurarla tal cual la San Sebastián lo aceptó tal cual era y es aún en parte, como, por ejemplo, de su teórica morfología. Sólo en tiempos relativamente recientes se pensó en sacar partido de ella. Tomás Gros Manonelles, un poco, parte de aquellas dunas, la Concha y más próxima a la playa propiamente dicha, y Antonio Cortázar, también un poco con un murete de costa, aquello que se convertiría en un polígono urbano, tanto en beneficio propio como de la comunidad donostiarra. Por muy pocos reales se vendieron, y luego vino todo lo demás. La idea era buena, pero, ejecutada, al menos desde el punto de vista urbanístico, fue lamentablemente deplorables.

Unos lustros hacía donostiarra, el de Oquendo, fue en un altozano en el borde de la Zurriola donde estableció su casa solar. Aquello fue destinado a sus hijos, el almirante Don Antonio, fue precisamente en la batalla de las Dunas donde, en Amán, fue gravemente herido, y, como el dijo, «ya no me levantaré, acabó su carrera, y como el dijo, «ya no me levantaré, me voy a morir».

Por mi parte llegué a conocer las dunas que se extendían a todo lo ancho de la extensa playa, más hacia su interior, como entrove de sarmientos arraigados en la arena, en los que se enredaban los pies de la chavalería donostiarra de fines del próximo pasado siglo. Se diría que aquel terreno arenoso había estado en un plantado de viñas, cosa que me parecía harto improbable. Entre aquellos terrenos arenosos de la duna donde se construyeron chalets de la playa ya desde entonces llamada de Gros, pensando sus incautos propietarios que, con el tiempo, se asegurarían unos altos y unos vistas que ulteriormente les reduperon a segunda fila. ¡Qué desilusión, y qué, qué timo! La playa de Gros acabó mal y perdió encanto. Vamos a ver si la cosa se endereza, aunque sea con retraso. En recuerdo de aquellas dunas, han quedado dos testimonios: la villa Las Dunas y la calle de este nombre. Entre la cosa va en serio y por todo lo alto. Gros compró a los pudientes llamar litoral; los que han adquirido la parte de arriba y el montículo de duna sobre el que aquélla se sitúa, con a motorle mano —excavadora quiero decir— al frente del alcalde, corrigiendo, en una palabra, un error de la ciudad, corrigiendo, en una palabra, un error de la ciudad, corrigiendo, en una palabra, un error de la ciudad